

www.elboomeran.com/

Jonathan Franzen

EL FIN DEL FIN
DE LA TIERRA

 narrativa
salamandra

Traducción del inglés de Enrique de Hériz,
con excepción del ensayo «El fin del fin de la Tierra»,
a cargo de Patricia Antón de Vez.

El autor da las gracias a Will Akers, Ernesto Barbieri, Henry Finder,
Adrian Forsyth, Susan Golomb, Pilar Guzmán, Casey Lott,
Etleva Pushi, Jamie Shreeve y Nell Zink por su ayuda con estos ensayos.

Título original: *The End of the End of the Earth*

Ilustración de la cubierta: John James Audubon,
Roseate Tern de «The Birds of America».

Copyright © Jonathan Franzen, 2018

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Cita de las páginas 145 y 148: *La casa de la alegría* de Edith Wharton.

Traducción de Pilar Giralt Gorina, Barcelona, Alba, 2008.

Cita de las páginas 132 y 133: «La inmensidad azul» de Robert T. Vollmann,
en *Historias del arcoiris*. Traducción de José Luis Amores, Málaga, Pálido Fuego, 2013.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7ª 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la
autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones
establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por
cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento
informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler
o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-934-0

Depósito legal: B-2.821-2019

1ª edición, febrero de 2019

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

*A Kathy, nuevamente,
y en memoria de Martin Schneider-Jacoby
y Mindy Baha El Din*

EL ENSAYO EN TIEMPOS OSCUROS

Si un ensayo es algo *que se ensaya* —algo arriesgado, que no pretende ser definitivo ni sentar cátedra; algo aventurado a partir de la experiencia personal y la subjetividad del autor—, se diría que estamos viviendo la edad de oro del ensayismo. La fiesta a la que acudiste el viernes por la noche, el trato que te deparó una azafata, tu punto de vista sobre la atrocidad política del día: según la premisa de las redes sociales, hasta el más diminuto microrrelato subjetivo merece no sólo una mera anotación privada —por ejemplo, en un diario personal—, sino ser compartido con los demás. El presidente de Estados Unidos actúa, hoy en día, con esa misma premisa. La información pura y dura, en medios como *The New York Times*, se ha suavizado para permitir que el yo, con su voz propia, sus opiniones e impresiones, ocupe un lugar destacado en las primeras planas, y los que firman las reseñas de libros se sienten cada vez menos obligados a hablar de ellos con cierta objetividad. Antes no tenía ninguna importancia si Raskólnikov y Lily Bart caían mejor o peor, mientras que ahora el asunto de la «simpatía», que supone privilegiar implícitamente los sentimientos personales del autor de la reseña, se ha convertido en un elemento clave del juicio

crítico. Y la propia ficción literaria se parece cada vez más al ensayo: algunas de las novelas más influyentes de los últimos años, firmadas por Rachel Cusk o Karl Ove Knausgård, llevan el procedimiento del testimonio personal, deliberado y en primera persona, a un nivel desconocido hasta ahora. Sus admiradores más fervientes dirán que la imaginación y la invención son artilugios superados; que habitar la subjetividad de un personaje distinto del autor es un acto de apropiación, incluso de colonialismo; que el único modo de narrar auténtico y políticamente defendible es la autobiografía.

Mientras tanto, el ensayo tradicional —el aparato formal adecuado para un examen de conciencia honesto y un compromiso continuado con las ideas, tal como lo desarrolló Montaigne y luego evolucionó en manos de Emerson, Woolf y Baldwin— está eclipsado. Las revistas de mayor tirada de Estados Unidos casi han dejado de publicar artículos puramente ensayísticos. El género persiste sobre todo en publicaciones que, en conjunto, tienen menos lectores que seguidores de Twitter Margaret Atwood. ¿Deberíamos estar de luto por la extinción del ensayo o celebrar que haya conquistado la cultura de masas?

Un microrrelato personal y subjetivo: las pocas lecciones que he aprendido sobre cómo escribir artículos ensayísticos me las dio Henry Finder, mi editor en *The New Yorker*. Acudí a Henry por primera vez en 1994, en calidad de aspirante a periodista con una necesidad urgente de dinero. En gran medida gracias a la suerte, me salió un artículo publicable sobre el servicio postal en Estados Unidos; luego, a causa de una incompetencia innata, escribí un reportaje impublicable sobre el Sierra Club. Jus-

to entonces Henry sugirió que yo podía tener alguna aptitud como ensayista. «Porque resulta obvio que como periodista eres una calamidad», me pareció que hubiera querido agregar, de modo que negué tener dicha aptitud. Me había criado con ese horror, típico del Medio Oeste americano, a hablar demasiado de mí mismo, y tenía un prejuicio adicional, derivado de ciertas nociones erróneas sobre la escritura de novelas, en virtud del cual siempre era más provechoso mostrar las cosas que limitarse a describirlas. Sin embargo, como aún necesitaba dinero, seguí llamando a Henry para que me encargara reseñas de libros. En una de esas llamadas me preguntó si tenía algún interés en la industria del tabaco, tema central de un reciente estudio histórico de Richard Kluger. «Si hay algo en este mundo en lo que no quiero pensar es en cigarrillos», le contesté de inmediato, a lo que Henry, aún más inmediatamente, replicó: «Por lo tanto, debes escribir sobre eso.»

Fue la primera lección que me dio, y sigue siendo la más importante. Yo había fumado entre los veinte y los treinta, pero después había conseguido dejarlo durante dos años. Sin embargo, cuando me encargaron el artículo sobre el servicio postal, aterrorizado ante la idea de levantar el teléfono y presentarme como periodista del *New Yorker*, había empezado a fumar de nuevo. Desde entonces habían transcurrido algunos años a lo largo de los cuales había logrado formarme una imagen de mí mismo como un no fumador, o al menos como alguien tan firmemente decidido a dejarlo de nuevo que prácticamente ya podía considerarse ex fumador aunque siguiera fumando. Vivía en un estado mental equivalente a una función de onda cuántica que me permitía ser totalmente fumador y totalmente no fumador al mismo tiempo, siempre y cuando no me viera obligado a medirme con la realidad.

Y enseguida me di cuenta de que escribir sobre el tabaco me obligaría a medirme: es lo que pasa con los ensayos.

También estaba el problema de mi madre: mi abuelo había muerto de cáncer de pulmón y ella era una auténtica militante en contra del tabaco. Yo le había escondido mi hábito durante más de quince años y una de las razones por las que necesitaba conservar mi indeterminación entre ser y no ser fumador era que no me gustaba nada mentirle. En cuanto consiguiera dejarlo de nuevo, y ya para siempre, la función de onda colapsaría y yo sería, al cien por cien, el no fumador que siempre había sido para mí mismo. Eso, claro está, si no me delataba antes por escrito como fumador.

Henry era un joven prodigio de poco más de veinte años cuando Tina Brown lo contrató para *The New Yorker*. Hablaba de una manera curiosa, como si sintiera una permanente opresión en el pecho: su voz era una especie de murmullo superarticulado, una prosa singularmente bien corregida pero apenas legible. A mí me asombraban su inteligencia y su erudición, y desde el principio me dominó el miedo a decepcionarle. El apasionado énfasis que puso en la frase «Por lo tanto, debes escribir sobre eso» (para mí, era la única persona capaz de pronunciar airosamente una frase que combinaba el enfático «por lo tanto» y el imperioso «debes») me permitió alentar la esperanza de que había dejado alguna huella en su conciencia, aunque fuera muy discreta.

Así que me puse a trabajar en ese artículo, quemando cada día media docena de cigarrillos bajos en nicotina y empleando un ventilador para expulsar el humo por la ventana de la sala de estar, y entregué el único texto de todos los que escribí para Henry que no requirió correcciones por su parte. No recuerdo cómo cayó en manos de mi madre, ni cómo me hizo saber que se sentía profun-

damente traicionada, si lo hizo por carta o me llamó por teléfono, pero sí que pasó seis semanas sin ponerse en contacto conmigo... con mucho, el lapso más largo que ha pasado sin comunicarse. Y cuando al fin lo superó y empezó a enviarme cartas de nuevo, me sentí expuesto ante ella de un modo que no había experimentado hasta entonces, como si ella pudiera ver quién era yo de verdad. No era tan sólo que mi «verdadero» yo hubiera permanecido oculto hasta entonces; era, más bien, como si jamás hubiera habido un yo que mostrar.

En *O lo uno o lo otro*, Kierkegaard se burla del «hombre atareado» para quien las ocupaciones son una forma de evitar un examen de conciencia sincero. Puede que te despiertes a media noche y descubras que te sientes solo pese a estar casado, o que sientas la necesidad de reflexionar sobre lo que tu nivel de consumo supone para el planeta, pero al día siguiente tienes un millón de asuntos pendientes y al siguiente otro millón: mientras la lista de cosas que hacer sea infinita no tendrás que detenerte a encarar los asuntos verdaderamente importantes. Escribir o leer un ensayo no es la única manera de parar a preguntarte quién eres en realidad y qué puede significar tu vida, pero es una buena manera. Y si tenemos en cuenta lo ridículamente poco ajetreado que era el Copenhague de Kierkegaard comparado con nuestro tiempo, esos tuits tan subjetivos y esos blogs escritos a toda prisa no parecen ya tan ensayísticos. Más bien tienen visos de ser una forma de evitar aquello a lo que nos obligaría un ensayo de verdad. Nos pasamos el día leyendo en las pantallas sobre asuntos que ni se nos ocurriría leer en un libro impreso y luego refunfuñamos por lo ocupados que estamos.

Dejé de fumar por segunda vez en 1997 y de nuevo en 2002, por última vez. Y después en 2003 por última vez de verdad, si no se tiene en cuenta la nicotina sin humo que

circula por mi torrente sanguíneo mientras redacto esto. El intento de escribir un ensayo sincero no anula la multiplicidad de mis identidades: sigo siendo, al mismo tiempo, un adicto (por culpa del cerebro reptiliano), alguien que se preocupa por su salud, un eterno adolescente y un depresivo tendente a la automedicación. Lo que cambia, si me tomo el tiempo necesario para detenerme y examinarme, es que esa multiplicidad de identidades adquiere *sustancia*.

Uno de los misterios de la literatura es que la sustancia personal, tal como la perciben tanto el escritor como el lector, se ubica fuera del cuerpo de ambos, en una página. ¿Cómo es posible que me sienta más auténticamente yo mismo en algo que estoy escribiendo que dentro de mi propio cuerpo? ¿Cómo es posible que me sienta más cerca de otra persona al leer sus palabras que cuando estoy a su lado? La respuesta es, en parte, que tanto escribir como leer exigen toda nuestra atención. Pero sin duda también tiene que ver con una manera de *ordenar* que sólo es posible en la página.

Aquí podría mencionar otras dos lecciones que aprendí de Henry Finder. Una era que «Todo ensayo, incluso si trata exclusivamente de ideas, cuenta una historia»; la segunda, que «Sólo hay dos maneras de organizar el material: “Lo que se parece va junto” y “Esto es consecuencia de aquello”». Puede que ambos preceptos parezcan perogrulladas, pero cualquiera que haya corregido trabajos de instituto, o incluso universitarios, podrá confirmar que no lo son. Para mí, la noción de que un ensayo de ideas debería seguir las normas de una obra dramática resultaba especialmente oscura, pero ¿no es verdad que un buen razonamiento suele empezar planteando un problema difícil y proponiendo alguna solución atrevida a la que luego

pondrá obstáculos en forma de objeciones y contraargumentos hasta llevarnos finalmente, a través de una serie de reveses, a una conclusión imprevista pero satisfactoria?

Si aceptan la premisa de Henry, según la cual toda obra en prosa que se precie consiste en un material ordenado en forma de historia, y si comparten mi convicción de que nuestras identidades se componen de las historias que nos contamos sobre nosotros mismos, les parecerá razonable que se obtenga una elevada dosis de sustancia personal en el trabajo de escribir y en el placer de leer. Cuando estoy solo en el bosque, o cenando con un amigo, me abruma la cantidad de datos sensoriales que recibo aleatoriamente; por el contrario, el acto de escribir nos despoja de casi todo, dejándonos tan sólo con el alfabeto y los signos de puntuación, y avanza luego hacia un territorio en el que no manda el azar. A veces, al ordenar los elementos de una anécdota familiar, descubrimos que no tiene el significado que le habíamos atribuido. A veces, sobre todo al argumentar algo («Esto pasó *por* aquello») se hace necesario un relato completamente nuevo. La disciplina de dar forma a una historia interesante puede cristalizar pensamientos y sentimientos que sólo presentíamos de forma vaga en nuestro interior.

Si nos enfrentamos a un material que aparentemente se resiste a adoptar la forma de una historia, Henry diría que nos queda la opción de ordenarlo por categorías, agrupando los elementos similares: «Lo que se parece va junto»: ésta es, al menos, una manera pulcra de escribir; pero también se pueden convertir los patrones en historias. Para encontrarle un sentido a la victoria de Donald Trump en unas elecciones que todo el mundo daba por hecho que perdería, resulta tentador construir una historia a partir del principio «Esto es consecuencia de aquello»: Hillary Clinton no tuvo cuidado con sus correos electró-

nicos, el Departamento de Justicia decidió no procesarla, entonces salieron a la luz los correos de Anthony Weiner, James Comey informó al Congreso de que era posible que Clinton siguiera estando en apuros y Trump ganó las elecciones. Pero, de hecho, podría ser más provechoso agrupar todo lo que se parece: la victoria de Trump fue como el voto del Brexit y como el resurgimiento del nacionalismo europeo contrario a la inmigración. El manejo del correo electrónico por parte de Clinton, extraordinariamente torpe, fue como toda su campaña, pobre en mensajes, y como su decisión de no hacer una campaña más fuerte en Michigan y Pensilvania.

El día de las elecciones yo estaba en Ghana, observando aves con mi hermano y dos amigos. El informe de James Comey al Congreso había sacudido la campaña antes de mi partida a África, pero las encuestas del reputado sitio web de Nate Silver, *FiveThirtyEight*, seguían concediendo a Trump apenas un treinta por ciento de posibilidades de ganar. Al llegar a Accra, después de votar a Clinton por correo, las elecciones me preocupaban más bien poco, y me felicité por haber tomado la decisión de pasar la última semana de la campaña sin entrar diez veces al día en *FiveThirtyEight*.

En Ghana me entregaba a una compulsión de otro tipo. Para mi vergüenza, soy uno de esos a los que los aficionados a la ornitología se refieren como «los de las listas». No es que no me encanten los pájaros en sí mismos: salgo a observarlos para disfrutar de su belleza y su diversidad, aprender más sobre su comportamiento y sobre los ecosistemas a los que pertenecen y dar caminatas largas y atentas por lugares nuevos. Pero también hago un montón de listas. No sólo llevo la cuenta de las especies de pájaros

que he avistado en todo el mundo, sino también la de cuáles he visto en cada país y en cada uno de los estados de la Unión Americana en los que me he dedicado a observarlos, e incluso en lugares más pequeños, como mi propio jardín, contabilizados por años naturales desde 2003. Puedo explicarme este hábito de contar de forma compulsiva como un goce añadido a mi pasión por las aves, pero lo cierto es que soy compulsivo, lo que me convierte en un ser moralmente inferior ante quienes se dedican a contemplar pájaros exclusivamente por placer.

Resulta que ir a Ghana me daba la oportunidad de superar el récord de 1.286 especies que había establecido el año anterior. En 2016 ya llevaba más de ochocientas y sabía, por mi investigación en internet, que en viajes similares al nuestro se habían detectado cerca de quinientas especies, de las cuales apenas un puñado eran comunes en Estados Unidos. Si conseguía avistar 460 ejemplares de especies distintas en África y luego aprovechaba la escala de siete horas en Londres para sumar 20 pájaros europeos fácilmente localizables en un parque cerca de Heathrow, 2016 sería mi mejor año.

Estábamos observando cosas magníficas en Ghana: turacos espectaculares y abejarucos que sólo habitan en África Oriental, pero los pocos bosques que quedan en el país están sometidos a la presión de la caza y la tala de árboles, de modo que nuestras caminatas resultaban más sofocantes que productivas. La víspera del día de las elecciones se nos había escapado ya la única oportunidad de avistar algunas de las especies que yo andaba buscando. A primera hora de la mañana siguiente, cuando todavía estaban abiertas las urnas en los estados de la costa oeste, encendí el móvil sólo por el placer de confirmar que Clinton estaba ganando las elecciones. En lugar de eso, me encontré con los afligidos mensajes de mis amigos de

California, acompañados de fotos en las que se los veía mirando la tele con rostro taciturno y a mi novia acurrucada en un sofá en posición fetal. En ese momento, el titular del *Times* era «Trump se adjudica Carolina del Norte y acelera; el camino de Clinton hacia la victoria, cada vez más estrecho».

Yo no podía hacer nada más que salir a observar pájaros. En una pista que cruzaba el bosque Nsuta, esquivando camiones de leña cuya aceleración me hacía pensar en Trump, pero aferrándome a la idea de que Clinton aún tenía una vereda hacia la victoria, vi algunos ejemplares de Toco Negro Occidental, un Baza Africano y un Pito Lúgubre.¹ Fue una mañana sudorosa, pero satisfactoria, que terminó cuando emergimos de nuevo en una zona con cobertura con la noticia de que ese «hombre vulgar de dedos cortos» (descripción memorable de la revista *Spy*) era el nuevo presidente de mi país. En ese momento entendí lo que había hecho mentalmente con el dato del treinta por ciento de probabilidades que Nate Silver otorgaba a Trump: de algún modo había interpretado ese dato en el sentido de que, a partir del día de las elecciones, el mundo podía llegar a hundirse en la mierda, en el peor de los casos, un treinta por ciento más, cuando lo que aquella cifra representaba en realidad era, desde luego, una probabilidad del treinta por ciento de que el mundo se hundiera un cien por cien en la mierda.

A medida que íbamos subiendo hacia el norte de Ghana, más seco y deshabitado, nos cruzamos con al-

1. En adelante, sigo el criterio, común entre ornitólogos, de utilizar mayúsculas cuando me refiero a las aves en función de su especie (y no cuando se trata de nombres genéricos o de familia). Muchos pájaros carpinteros podrían ser descritos como lúgubres, pero sólo hay una especie llamada Pito Lúgubre. (*Salvo allí donde se indique, todas las notas son del autor.*)

gunos pájaros con cuyo avistamiento llevaba tiempo soñando: Chorlitos Egipcios, Abejarucos Carmesíes y un Chotacabras Portaestandarte macho con unas plumas timoneras tan llamativas en la cola que parecía un halcón perseguido de cerca por dos murciélagos. Sin embargo, cada vez estábamos más lejos del ritmo que yo necesitaba para mi marca anual. Se me ocurrió, demasiado tarde, que las listas que había visto en internet debían de haber incluido algunas especies sin verlas, sólo de oídas, mientras que yo necesitaba ver un pájaro para sumarlo a mi recuento: esas listas habían alimentado mis esperanzas del mismo modo que Nate Silver. Cada vez que se me escapaba alguna de las especies que me había puesto como objetivo, aumentaba la presión de avistar todas las que me faltaban, incluso las más locamente improbables, si de verdad quería batir el récord. Por supuesto, aquella estúpida lista no tenía importancia ni siquiera para mí, pero me perseguía el titular del *Times*: en vez de 275 votos de delegados yo necesitaba 460 especies, y mi camino hacia la victoria se estaba volviendo igualmente estrecho. Al final, a cuatro días de terminarse el viaje, en el aliviadero de un embalse cerca de la frontera con Burkina Faso donde, pese a haber alentado la esperanza de sumar media docena de nuevos pájaros de pradera, no había conseguido avistar ninguno, tuve que aceptar la realidad de la derrota. De pronto me di cuenta de que tendría que haber estado en casa, consolando a mi novia por las elecciones y poniendo en práctica la única ventaja de ser un pesimista depresivo, que es la pensión a reír en tiempos oscuros.

¿Cómo había llegado a la Casa Blanca el hombre vulgar de dedos cortos? Cuando Hillary Clinton volvió a hablar en público, utilizó un relato del tipo «Esto es consecuencia

de aquello» para dar credibilidad a una descripción de su carácter en términos de «Lo que se parece va junto». Daba lo mismo que hubiera manejado con negligencia sus correos electrónicos y que hubiera pronunciado las palabras «Cesta de los deplorables». Daba lo mismo que sus votantes hubieran podido tener quejas legítimas contra la élite liberal que ella representaba; que no acabaran de apreciar la racionalidad del libre comercio, las fronteras abiertas y la automatización de las fábricas cuando el aumento de la riqueza global se obtenía a costa de las clases medias; que tal vez les molestara la imposición federal de valores progresistas urbanos en comunidades rurales conservadoras. Según Clinton, el culpable de su derrota era James Comey... y tal vez los rusos.

Lo cierto es que yo tenía mi propio relato del asunto. Cuando regresé de África a Santa Cruz, mis amigos progresistas seguían devanándose los sesos para entender cómo podía haber ganado Trump, pero yo guardaba en la memoria un acto público en el que participé con Clay Shirky, un especialista en redes sociales conocido por su optimismo que había contado al público presente lo afectados que se habían sentido los críticos de gastronomía profesionales de Nueva York cuando Zagat, un proyecto microfinanciado de crítica culinaria, escogió el Union Square Cafe como mejor restaurante de la ciudad. Shirky opinaba que los críticos gastronómicos no son tan listos como creen; que, en realidad, en los tiempos de los *big data*, los críticos ya ni siquiera son necesarios. En aquel acto, sin importar que el Union Square Cafe fuera mi restaurante favorito de Nueva York (¡la masa tenía razón!), me había preguntado con amargura si Shirky creía que los críticos eran también estúpidos al considerar que Alice Munro escribía mejor que James Patterson. Pero ahora resultaba que la victoria de Trump también reivindicaba

la burla que Shirky había dedicado a los expertos: las redes sociales habían permitido a Trump saltarse el *establishment* crítico, y a una cantidad concreta de miembros de la masa, justo en aquellos estados cuyo voto determina el equilibrio electoral, su comedia vulgar y su discurso incendiario les había parecido «mejor» que los argumentos matizados de Clinton y su dominio de la política. «Esto es consecuencia de aquello»: sin Twitter y Facebook no habría Trump.

Después de las elecciones, Mark Zuckerberg pareció aceptar (brevemente y de una manera indirecta) la responsabilidad de haber creado la plataforma perfecta para transmitir noticias falsas sobre Clinton, al sugerir que Facebook podría adoptar en el futuro una posición más activa a la hora de filtrar noticias (deseémosle buena suerte en esa tarea). Los responsables de Twitter, por su parte, mantuvieron la cabeza gacha: ¿qué iban a decir, si Trump continuaba tuiteando sin cesar? ¿Que aquello convertía el mundo en un lugar mejor?

En diciembre, mi emisora de radio favorita de Santa Cruz, la KPIG, empezó a emitir un anuncio falso que ofrecía servicios de asesoría a los adictos a tuits y entradas de Facebook contrarias a Trump. Al mes siguiente, una semana antes de la investidura presidencial, el PEN American Center organizó actos por todo el país para mostrar su repulsa al ataque a la libertad de expresión que, en su opinión, Trump representaba. Pese a que las restricciones migratorias de su gobierno hicieron más difícil para los escritores de países musulmanes hacerse oír en Estados Unidos, si hay algo malo que *no* podía decirse de Trump en enero era que hubiese recortado en modo alguno la libertad de expresión. Sus tuits, mentirosos y bravucones, eran la mismísima libertad de expresión cargada de esteroides. El propio PEN, unos años antes, había concedido a

Twitter un premio a la libertad de expresión por su papel en la Primavera Árabe, un papel que la propia red social se había encargado de publicitar. El verdadero resultado de la Primavera Árabe era el atrincheramiento de la autocracia, y Twitter se había revelado desde entonces, en manos de Trump, como la plataforma perfecta para los autócratas. Pero las paradojas no terminaban ahí: durante la misma semana de enero, los escritores y las librerías progresistas de Estados Unidos propusieron un boicot a la editorial Simon & Schuster por el «crimen» de pretender publicar un libro de Milo Yiannopoulos, el famoso y lúgubre provocador de derechas. Los libreros más indignados hablaban de rechazar las entregas de *todos* los paquetes de S&S, que presumiblemente incluían libros de Andrew Solomon, presidente del PEN. El debate no cesó hasta que S&S rescindió su contrato con Yiannopoulos.

A Trump y a sus seguidores de la derecha alternativa les encanta buscar las cosquillas a lo políticamente correcto, pero esto tan sólo funciona porque las cosquillas están efectivamente ahí: estudiantes y activistas que reclaman el derecho de no oír aquello que les molesta, y de gritar para acallar las ideas que les ofenden. La intolerancia florece de modo especial en internet, donde cualquier discurso moderado recibe el castigo de que nadie haga clic en él, donde los algoritmos invisibles de Facebook y Google te dirigen hacia contenidos con los que estás de acuerdo y las voces disconformes guardan silencio por miedo al acoso, el troleo y la pérdida de amistades. El resultado es un fortín en el que, más allá del lado en que te encuentres, te sientes en plena posesión del derecho a odiar aquello que odias. Y así llegamos a otro modo en que el ensayo se distingue de ciertos tipos de discurso subjetivo que sólo se le parecen superficialmente. El ensayo hunde sus raíces en la literatura, y la literatura, en sus mejores expresiones (la obra de

Alice Munro, por ejemplo), nos invita a preguntarnos si nos habremos equivocado en algo, o quizá incluso en todo, y a imaginar a qué podría deberse que otra persona nos odie.

Hace tres años yo estaba en plena indignación por el cambio climático. El Partido Republicano seguía mintiendo acerca de la falta de consenso científico sobre el clima (el Departamento de Protección Medioambiental de Florida había llegado al extremo de prohibir a sus empleados usar las palabras «cambio climático» por escrito después de que el gobernador del estado, un republicano, insistiera en que no se trataba de un «hecho cierto»), pero la izquierda no me producía menos rabia. Había leído un libro nuevo de Naomi Klein, *Esto lo cambia todo*, en el que la autora aseguraba a sus lectores que, si bien quedaba «muy poco tiempo», todavía disponíamos de diez años para reformar radicalmente la economía global e impedir que la temperatura siguiera aumentando hasta alcanzar alrededor de dos grados Celsius más para finales de este siglo. El optimismo de Klein resultaba conmovedor, pero no era sino otra clase de negacionismo. Incluso antes de la elección de Donald Trump, no existía evidencia alguna de que la humanidad sea capaz —política, psicológica, ética, económicamente— de reducir las emisiones de carbono con la rapidez suficiente para cambiarlo todo. Incluso a la Unión Europea, que desde muy pronto había tomado el testigo en asuntos climáticos y era propensa a sermonear a otras regiones a propósito de su irresponsabilidad, le bastó con una recesión en 2009 para desplazar el foco hacia el crecimiento económico. Si no se produce una revuelta mundial contra el capitalismo de libre mercado en los próximos diez años —hipótesis que, según Klein, aún podría salvar-

nos— el aumento de temperatura más probable para el final de este siglo es del orden de los seis grados. Suerte tendremos si somos capaces de evitar el incremento de dos grados antes de 2030.

Con un horizonte político cada vez más claramente polarizado, la verdad sobre el calentamiento global resultaba aún más incómoda para la izquierda que para la derecha. Las negaciones de la derecha eran mentiras odiosas, pero al menos eran coherentes con cierto realismo político implacable. La izquierda, tras vituperar a la derecha por su deshonestidad intelectual y convertir el negacionismo climático en un escándalo político, se encontraba en una posición imposible: tenía que insistir en la certeza de la ciencia al tiempo que persistía en la ficción de que una acción colectiva mundial podía salvarnos de lo peor, de que la aceptación universal de los hechos, que tal vez hubiera podido cambiarlo todo en 1995, aún podía cambiarlo todo. De lo contrario, ¿qué más daba que los republicanos pusieran objeciones a la ciencia?

Como yo simpatizaba más con la izquierda —reducir las emisiones de carbono es mucho mejor que no hacer nada: cada grado cuenta—, también le ponía el listón más alto. Negar la lóbrega realidad, pretender que el Tratado de París podía impedir la catástrofe, era comprensible como táctica para mantener a la gente motivada a la hora de reducir emisiones; para mantener viva la esperanza. Como estrategia, sin embargo, hacía más mal que bien: renunciaba a la exigencia ética, ofendía la inteligencia de los electores indecisos («¿De verdad todavía tenemos diez años?») e impedía una discusión franca sobre cómo debería prepararse la comunidad global para los cambios drásticos o sobre la necesidad de compensar a naciones como Bangladés por lo que otras naciones como Estados Unidos les han hecho.

La deshonestidad también alteró las prioridades. Durante los veinte años anteriores, el movimiento medioambiental se había vuelto cautivo de un único asunto. En parte por una alarma auténtica, en parte también porque poner en un primer plano los problemas de las personas tenía menos riesgos políticos —era menos elitista— que hablar de la naturaleza, las grandes ONG ecologistas habían invertido todo su capital político en la lucha contra el cambio climático, un problema con rostro humano. Como amante de los pájaros, la ONG que me indignaba particularmente era la National Audubon Society, antaño defensora irredenta de las aves y ahora convertida en una institución letárgica con un inmenso departamento de relaciones públicas. En septiembre de 2014, éste había anunciado al mundo con grandes aspavientos que el cambio climático era la principal amenaza para las aves de América del Norte. El anuncio era deshonesto tanto en un sentido estricto, puesto que su formulación divergía de las conclusiones de los científicos de la propia organización, como en un sentido amplio, dado que era imposible atribuir directamente a las emisiones humanas de carbono la muerte de un solo pájaro. En 2014, los mayores peligros para las aves de Estados Unidos eran la pérdida de su hábitat y los gatos silvestres. Al invocar la expresión de moda, «cambio climático», la Audubon obtuvo mucha atención por parte de los medios progresistas: se había logrado sumar un punto más contra los negacionistas de la derecha. Pero no estaba claro que esto ayudara de algún modo a las aves. La única consecuencia práctica del anuncio de la Audubon, según me pareció, fue desalentar el combate frente a las verdaderas amenazas que se cernían sobre los pájaros en aquel momento.

• • •

Estaba tan indignado que decidí que lo mejor sería escribir un artículo. Arranqué con una jeremiada contra la National Audubon Society y la fui ampliando hasta convertirla en una denuncia llena de desdén por el movimiento ecologista en general. A partir de entonces empecé a despertarme en plena noche acosado por los remordimientos y las dudas. Para un escritor, un artículo ensayístico es un espejo, y a mí no me gustaba lo que estaba viendo en aquél. ¿Por qué me dedicaba a vituperar a mis amigos de izquierdas, si los negacionistas eran mucho peores? La perspectiva del cambio climático me resultaba tan nauseabunda a mí como a los grupos a los que atacaba. Con cada grado adicional de calentamiento global, cientos de millones de personas más sufrirían en todo el mundo, ¿acaso no tenía sentido hacer un esfuerzo supremo para conseguir una reducción aunque sólo fuera de medio grado? ¿No era obsceno ponerse a hablar de pájaros cuando los niños de Bangladés estaban en peligro? Sí, la premisa de mi artículo era que nuestra responsabilidad ética se extiende a otras especies tanto como a la nuestra, pero... ¿y si esa premisa era falsa? E incluso si era cierta, ¿de verdad me importaba tanto, personalmente, la biodiversidad o sólo era un blanco privilegiado al que le encantaba salir a observar pájaros? Además, mi pasión por los pájaros ni siquiera era pura: ¡soy de los que hacen listas!

Tras poner en duda mis motivos y mi personalidad durante tres noches, llamé a Henry Finder y le dije que no podía escribir aquel artículo. Había soltado un montón de sermones sobre el clima a mis amigos y a algunos conservacionistas que pensaban como yo, pero eran arengas como las que suelen soltarse en internet, donde te sientes protegido por la naturaleza improvisada de la escritura y sabes que cuentas con la complicidad de tu público. Intentar escribir algo con cara y ojos, un ensayo,

me había hecho tomar consciencia de la chapucería de mi pensamiento: el riesgo de pasar vergüenza era enorme porque no se trataba de un escrito improvisado y se dirigía a un público en el que predominarían los desconocidos, muchos de ellos en desacuerdo con mis planteamientos. Siguiendo la advertencia de Henry («Por lo tanto...»), me había acostumbrado a pensar en el articulista como un bombero cuyo trabajo consiste en correr directamente hacia las llamas de la vergüenza cuando todo el mundo huye de ellas a la carrera. Sin embargo, en esta ocasión me enfrentaba a algo mucho más temible que el disgusto de mi madre.

Podría haber abandonado definitivamente el proyecto del artículo si no llega a ser porque en un momento dado había hecho clic en un botón de la web de la Audubon Society para confirmar que quería sumarme a sus esfuerzos por luchar contra el cambio climático. Mi única intención había sido recoger munición retórica que pudiera usar contra la propia organización, pero tras aquel clic había recibido una avalancha de peticiones de dinero por correo postal (llegaron al menos ocho en seis semanas) y otra similar en mi bandeja de entrada del correo electrónico. A los pocos días de hablar con Henry abrí uno de esos mensajes y me encontré ante una foto mía —una imagen halagadora, por suerte— tomada en 2010 para la revista *Vogue*, que me había vestido mejor de lo que suelo vestirme y me había hecho posar con mis binoculares en pleno campo, como si estuviera observando pájaros. El encabezamiento del correo decía algo así como «Únase al escritor Jonathan Franzen para apoyar a la Audubon Society». Era cierto que, algunos años antes, en una entrevista para la revista de la organización la había alabado cortésmente —o al menos a su revista—, pero nadie me había pedido permiso para usar mi nombre y mi imagen

con la intención de pedir dinero. Ni siquiera tenía del todo claro que ese mensaje de correo electrónico fuera legal.

Un estímulo más benévolo para retomar el artículo provino de Henry. Hasta donde sé, le importan un comino los pájaros, pero daba la impresión de que había visto algo en mi argumento de que la preocupación por las catástrofes del futuro nos resta aliento para enfrentarnos a los problemas medioambientales que tienen solución aquí y ahora. En un correo electrónico me sugirió que abandonara el tono de desdén profético y, en otro, añadió: «Paradójicamente, tu artículo resultará más persuasivo si es más ambivalente, menos polémico. Si en vez de atacar a los que pretenden que prestemos atención al cambio climático y a la reducción de emisiones, te concentras en las consecuencias de ignorar lo que el discurso predominante relega a los márgenes.» Correo tras correo, revisión tras revisión, Henry me fue empujando para que planteara el ensayo no como una denuncia, sino como una pregunta: ¿cómo encontrar sentido a nuestras acciones cuando parece que el mundo llega a su fin? Buena parte del último borrador hablaba de un par de proyectos bien pensados de conservación regional en Perú y Costa Rica que de verdad contribuyen a convertir el mundo en un lugar mejor, no sólo para plantas y animales silvestres, sino también para los peruanos y costarricenses que viven allí. Trabajar en esos proyectos es significativo desde el punto de vista personal y aporta beneficios inmediatos y tangibles.

Al escribir sobre estos dos proyectos, esperaba que una o dos de las grandes fundaciones benéficas, de las que gastan decenas de millones de dólares en desarrollar el biodiésel o en instalar parques eólicos en Eritrea, leyeran el artículo y se plantearan la posibilidad de invertir en proyectos que ofrecen resultados tangibles. En vez de eso, lo que obtuve fue un ataque con misiles desde el fortín

progresista. Yo no estoy en redes sociales, pero mis amigos me informaban de que allí me dedicaban toda clase de epítetos, incluidos los de «cabeza de chorlito» y «negacionista del cambio climático». Algunos fragmentos de mi artículo, reducidos al tamaño de los tuits y retuiteados fuera de contexto, daban la sensación de que yo había propuesto *abandonar* los esfuerzos por reducir las emisiones de carbono, tal como propone el Partido Republicano, lo cual, por culpa de la lógica polarizante del discurso en internet, me convertía en negacionista. En realidad, acepto hasta tal punto lo que la ciencia dice sobre el clima que ni siquiera pierdo tiempo en alimentar esperanza alguna para los casquetes polares. Lo único que yo negaba era que una élite de mentes bienintencionadas, reuniéndose en buenos hoteles por todo el mundo, pudiera impedir el deshielo: ése era mi delito contra la ortodoxia. El asunto del clima ha bloqueado de tal modo la imaginación progresista que cualquier intento de cambiar la conversación —así sea para hablar de la extinción épica que los humanos ya estamos provocando sin la ayuda del cambio climático— se convierte en una ofensa contra la religión.

Sentí cierta compasión por los profesionales del cambio climático que criticaron mi artículo. Se habían pasado décadas intentando hacer sonar la alarma en Estados Unidos y por fin tenían al presidente Obama de su lado: tenían el Tratado de París. Era un momento inoportuno para señalar que el drástico calentamiento global ya es un hecho y no parece probable que la humanidad vaya a dejar un solo fragmento de carbón en las minas, habida cuenta de que no hay ni un solo país en todo el mundo, ni siquiera ahora, que se haya comprometido a ello. También entendí el monumental enfado de la industria de las energías alternativas, que es un negocio como cualquier otro. Si se concede que los proyectos de energía renovable

forman parte de una estrategia de moderación incapaz de revertir el daño que las emisiones de carbono del pasado seguirán causando durante siglos, se abre la puerta a otras preguntas que afectan a ese negocio. Por ejemplo: ¿de verdad necesitamos tantos molinos de viento? ¿Era necesario ubicarlos en áreas ecológicamente sensibles? Y los parques solares del desierto del Mojave... ¿no tendría más sentido cubrir la ciudad de Los Ángeles con paneles solares y salvaguardar los espacios abiertos? ¿No estábamos destruyendo en cierta medida la naturaleza con la intención de salvarla? Creo que el que me llamó «cabeza de chorlito» tenía un blog sobre asuntos industriales.

Por lo que concierne a la Audubon Society, aquel correo en el que habían pedido donaciones en mi nombre tendría que haberme puesto sobre aviso de la personalidad de sus gestores. Aun así, me sorprendió su respuesta al artículo, que consistió en un ataque *ad hominem* contra la misma persona de cuyo nombre e imagen se habían apropiado tan alegremente dos meses antes. En mi texto había dado algún que otro palo a la Audubon, es cierto: quería que se dejaran de tonterías, que dejaran de hablar sobre lo que podía suceder dentro de cincuenta años y defendieran con más decisión los pájaros que tanto ellos como yo amamos. Por lo que parece, sin embargo, la Audubon Society sólo había reconocido la amenaza de una posible disminución de sus miembros y de los correspondientes esfuerzos recaudatorios, y en consecuencia había tenido que atacarme de manera personal. Me han contado que el presidente de la Audubon en persona había disparado cuatro andanadas contra mí: a eso se dedican ahora los presidentes.

Y funcionó: sin leer esas andanadas —tan sólo por saber que otros las estaban leyendo—, pasé vergüenza. Me sentí igual que cuando era un estudiante de secundaria

marginado por la masa y objeto de insultos que no debían doler, pero dolían. Deseé haber prestado más atención a mis pánicos nocturnos y haberme guardado mis opiniones. En un estado de relativa ansiedad, llamé a Henry y le eché encima todo mi bochorno, todo mi resentimiento. Contestó, de aquella manera suya apenas legible, que las respuestas online venían a ser como la predicción meteorológica del día: «En la opinión pública —dijo—, hay cosas que equivalen al tiempo y otras que equivalen al clima. Tú pretendes cambiar el clima, y para eso se tarda mucho.»

Tanto si me lo creía como si no, daba lo mismo: tuve bastante con sentir que una persona, Henry, no me odiaba. Me consolé con la idea de que, si bien el clima es demasiado extenso y caótico para que lo cambie una sola persona, para un individuo basta con ser capaz de incidir en la vida de una pequeña aldea afligida, de una sola víctima de la injusticia global, de un pájaro, de un lector. Cuando la llamarada digital se apagó, personas que se dedican a la conservación del medio ambiente empezaron a contactar conmigo en privado para decirme que compartían mis frustraciones aunque no pudieran permitirse expresarlas en público. Me llegaron tan sólo unos cuantos mensajes, pero mucha gente debe de haber pensado lo mismo. Y el caso es que cada uno de los que me dieron su apoyo despertó en mí el mismo sentimiento: he escrito el artículo para ti.

En cambio ahora, al cabo de dos años y medio, mientras las plataformas de hielo se desprenden y el presidente tuitero nos saca del Tratado de París, ya no estoy tan seguro. Ahora puedo reconocer que no escribí aquel artículo sólo para animar a unos pocos conservacionistas y derivar hacia mejores causas unos cuantos dólares de la beneficencia. La

verdad es que quería cambiar el clima. Sigo queriéndolo. Comparto con aquellos a quienes criticaba en mi artículo el reconocimiento de que el calentamiento global es *el* asunto de nuestro tiempo, tal vez el mayor asunto de toda la historia de la humanidad. En este momento nos encontramos todos en la misma situación que los indígenas de América cuando vieron llegar a los europeos con sus armas y su viruela: nuestro mundo se enfrenta, de manera imprevista, a un cambio enorme que, en su mayor parte, será a peor. No tengo ninguna esperanza en que podamos impedir el cambio que está por llegar; confío, eso sí, en que seamos capaces de aceptar esa realidad a tiempo a fin de prepararnos humanamente para lo que viene, y en que enfrentarnos a ese futuro con honestidad, por doloroso que resulte, es mejor que negarlo.

Si escribiera aquel artículo a día de hoy, quizá diría todo esto. En tanto espejo, el ensayo, tal como se publicó, refleja a un amante de los pájaros marginal y airado que se cree más listo que las multitudes. Tal vez yo sea ese personaje, pero no me representa de manera completa, algo que sin duda se habría podido reconocer en un artículo mejor. En un artículo mejor podría haber dedicado a la Audubon Society la regañina que merecía, pero habría encontrado el modo de hacer más evidente mi simpatía por cierta gente que en aquel momento me tenía indignado: los activistas del cambio climático, que habían visto cómo se les había ido estrechando de una manera repugnante el camino hacia la victoria en los últimos veinte años, a medida que las emisiones de carbono aumentaban y los objetivos de reducción de las mismas se volvían cada vez menos realistas; los que trabajaban en energías alternativas, que tenían familias que alimentar y se esforzaban por ver algo más allá del petróleo; las ONG ecologistas, que creían haber encontrado por fin un asunto capaz de despertar al

mundo, así como los izquierdistas que —a medida que el neoliberalismo y sus tecnologías iban reduciendo a los electores para convertirlos en meros consumidores individuales— veían en el cambio climático el último argumento convincente en pro del colectivismo. Me habría esforzado especialmente por acordarme de todas las personas que necesitan tener más esperanza que un pesimista depresivo como yo, esas personas para las que la perspectiva de un futuro sofocante y lleno de calamidades resulta insoportablemente triste y aterradora, a las que se puede perdonar por no querer pensar en ello. Habría seguido revisando y corrigiendo.